

hasta la frontera. El señor Fouchard, satisfecho de ver que al menos se marchaba uno, fué á vigilar el camino para asegurarse de que no rondaba ninguna patrulla, mientras que Silvina cosía la blusa del enfermero, adornada en la manga con la cruz roja. Antes de marcharse el doctor examinó de nuevo la pierna de Juan, sin poderle prometer si la conservaría. El herido continuaba siempre medio alestargado, sin conocer á nadie, sin hablar con nadie. Y Mauricio iba á alejarse sin decirle adiós, cuando al inclinarse para abrazarle, le vió abrir los ojos, muy grandes, mover los labios, hablando con voz débil:

—¿Te vas?

Y como se extrañasen:

—Sí, los he oído á ustedes, mientras que no podía moverme,—dijo.—Coge todo el dinero. Registra los bolsillos de mi pantalón.

Del dinero del Tesoro, que se habían repartido, les quedaba todavía doscientos francos á cada uno.

—¡El dinero! —dijo Mauricio,—pero si tú lo necesitas más que yo. Con doscientos francos tengo para llegar á París, y para hacerme romper la cabeza no necesito dinero... Hasta la vista y muchas gracias por lo que has hecho por mí, porque sin tí es probable que me hubiese quedado en cualquier parte como un perro muerto.

Juan le hizo callar.

—No me debes nada, estamos en paz... Si no hubiese sido por tí, si no me hubieses llevado á cuestas, me hubiesen recogido los prusianos allá. Y ayer aún, me has librado de caer entre sus garras. Has pagado dos veces y ahora me tocaría á mí pagarte la vida... ¡qué intranquilo voy á estar sin tenerte á mi lado!

Su voz temblaba y algunas lágrimas asomaron á sus ojos.

—Abrazame, Mauricio.

Y se abrazaron como en el bosque la vispera; había en el fondo de ese abrazo la fraternidad de los peligros corridos juntos, esas cuantas semanas de heroísmo común que los había unido más estrechamente que algunos años de amistad. Los días sin pan, las noches sin sueño, las fatigas excesivas, la muerte siempre delante. ¿Pueden acaso separarse dos corazones cuando se han dado libremente y se han fundido uno en otro? Pero el otro abrazo, el que se dieron debajo de los árboles, estaba lleno de las esperanzas que la huida abría ante ellos; mientras que este abrazo, á esta hora, les hacía estremecer con las angustias de la despedida. ¿Se volverían á ver algún día? ¿Y cómo y en qué circunstancias de dolor ó de alegría?

El doctor Dalichamp, subido en su coche, llamaba á Mauricio. Este abrazó con toda su alma á su hermana Enriqueta, que le miraba con lágrimas silenciosas, muy pálida, con su traje de viuda.

—¡Te confío á mi hermano... Cúdale bien, quíerele mucho como yo le quiero!

IV

El cuarto era una gran pieza con suelo de ladrillos, blanqueado con cal, que había servido para depósito de frutas. Se sentía aún el buen olor de las peras y manzanas y como muebles sólo había allí una cama de hierro, una mesa de madera blanca y dos sillas, sin contar un armario viejo de nogal, grande, donde cabía un mundo. Pero reinaba allí mucha calma, solo se oían los ruidos sordos de la cuadra, los mugidos de los bueyes. Por la ventana que daba al mediodía entraba el sol. No se veía más que un trozo de monte, un campo de trigo que bordeaba un bosquecillo. Y aquel cuarto cerrado, misterioso, estaba tan oculto á todas las miradas que nadie podía sospechar existiera.

En seguida, Enriqueta lo arregló todo: para evitar sospechas quedó convenido que ella y el doctor serían las únicas personas que entrasen. Nunca debía entrar Silvina á menos que llamase. Por la mañana, muy temprano, las dos mujeres arreglaban el cuarto y después quedaba cerrado durante todo el día. Por la noche, si el herido necesitaba de alguien, no tenía más que tocar el tabique, porque Enriqueta dormía en el cuarto de al lado. Y así fué como Juan se encontró separado del mundo, después de unas semanas de atropellos y de violencias, viendo solo á aquella mujer tan cariñosa, cuyos pasos ligeros no hacían ruido. La volvía á ver tal como se le había aparecido allá, en Sedán, por primera vez, con su boca un poco grande, sus rasgos delicados, su hermoso pelo de color de avena madura, ocupándose de él con infinita bondad.

Los primeros días, la fiebre del herido fué tan intensa que Enriqueta no pudo apenas separarse de él. Todas las mañanas, al pasar, el doctor Dali champ entraba con el pretexto de recogerla para llevarla á la ambulancia y de paso examinaba al herido y le curaba. La bala, después de romper la tibia, debía haber salido, le extrañaba el mal cariz que presentaba la herida, temía que la presencia de una esquirla que no podía hallar con la sonda, le obligase á tener que cortar el hueso. Había hablado de esto con Juan; pero éste, al pensar que podía quedar cojo se había sublevado: no, no, prefería morir á quedar inútil. Y el doctor, dejando la herida en observación, no hacía más que curarla con hilas impregnadas en aceite común y en ácido fénico, después de haber colocado en el fondo de la llaga un tubito de cautchouc para dar salida al pus; pero previniendo que si no intervenía la cura sería muy larga. Sin embargo, en la segunda semana disminuyó la fiebre, mejoró un poco y seguiría mejorando con tal de que no se moviera.

Y la intimidad entre Juan y Enriqueta fué estableciéndose. Les parecía que habían vivido siempre así. Pasaba con él todas las horas que no estaba ocupada en la ambulancia, cuidaba de que comiera y bebiera con regularidad y le ayudaba á dar vueltas en la cama, con una fuerza que nadie hubiese podido sospechar tenía. A veces hablaban y con más frecuencia aun estaban callados, sobre todo al principio. Pero no parecían aburrirse, era una vida muy tranquila; él aniquilado aún por la batalla y ella vestida de luto, con el corazón destrozado por la pérdida que había sufrido. Primero se había sentido un poco molesto porque comprendía que era una mujer superior, casi una gran señora, mientras que él sólo había sido un aldeano y un soldado. Apenas sabía leer y escribir. Después se tranquilizó mucho cuando vió que le trataba sin orgullo, como su igual; lo que le había animado á mostrarse tal cual era, inteligente á su modo, á fuerza de paciencia y de meditación. El mismo se extrañaba de haber cambiado con la sensación de las nuevas ideas: ¿era acaso efecto de la vida atroz que arrastraba hacía dos meses? Salla afinado, efecto de tantos padecimientos físicos y morales. Pero lo que acabó por conquistarle fué al averiguar que no sabía más que él. Muy joven, después de la muerte de su madre, hecha una ama de casa, teniendo que cuidar á tres hombres, á su abuelo, á su padre y á su hermano, no había tenido tiempo de instruirse. La lectura, la escritura, un poco de ortografía y de números; no había que pedirla más. Y no le intimidaba, no le aparecía sobre los otros más que porque sabía que era de una bondad infinita, de un valor extraordinario bajo su apariencia de mujer modesta que se complacía en los menudos cuidados de su casa.

Se entendieron en seguida, hablando de Mauricio. Si daba muestras de abnegación, era por el

amigo, por el hermano de Mauricio, por el hombre cariñoso á quien pagaba una deuda de su corazón; sentía mucha gratitud, su afecto aumentaba á medida que le iba conociendo, sencillo y bueno, con un cerebro sólido; y él, á quien ella cuidaba como á un niño contraía una deuda de agradecimiento, le hubiera besado las manos por cada taza de caldo que le daba. Ese lazo de tierna amistad aumentaba cada día entre ellos, en aquella profunda soledad en que habitaban, agitados por los mismos pesares. Cuando se agotaban los recuerdos, los detalles que sin cesar le pedía sobre la dolorosa marcha de Reims á Sedán, asomaba á sus labios la misma pregunta; ¿qué hacía Mauricio á aquella hora? ¿Por qué no escribía? ¿París estaba completamente bloqueado? Sólo habían recibido una carta fechada en Rouen, tres días después de su marcha, en la que explicaba en algunas líneas como había desembarcado en aquella ciudad, después de dar un largo rodeo para entrar en París. Y nada más en una semana después de un silencio completo.

Por la mañana cuando el doctor Dalichamp, había curado al herido, le gustaba quedarse allí algunos momentos y aun volvía por las noches, y se quedaba otro rato; era así el único lazo con el mundo, aquel vasto mundo de fuera tan trastornado por las catástrofes. Las noticias no llegaban más que por él, tenía un corazón ardiente de patriota que se desbordaba de cólera y de pesar, á cada derrota. Así es que no hablaba más que de la marcha invasora de los prusianos, cuya oleada, desde Sedán se extendía poco á poco sobre toda Francia, como una marea negra. Cada día llevaba su duelo y se quedaba anonadado, sobre una silla, apoyada contra la cama y daba cuenta de la situación cada vez más grave. A menudo llevaba los bolsillos atestados de periódicos belgas, que dejaba allí. Con algunas semanas de intervalo el eco de cada desas-

tre, llegaba así á aquel cuarto, uniendo más, en una angustia común, á los pobres seres que allí se encontraban sufriendo.

Y así fué como Enriqueta, con periódicos viejos, leyó á Juan los sucesos de Metz, las grandes y heroicas batallas que habían vuelto á empezar por tres veces con intervalo de un día. Habían ocurrido cinco semanas antes, pero las ignoraba aún, y oía su relato con el corazón oprimido, al ver allí las mismas miserias y las mismas derrotas que había sufrido. En el silencio del cuarto, mientras Enriqueta con su voz cantante de alumna aplicada, leía espaciando cada frase, la lamentable historia se desarrollaba.

Después de Froeschviller, después de Spickeren, en el momento en que el primer cuerpo, aplastado, arrastraba al quinto en su derrota, los otros cuerpos escalonados de Metz á Bitche, dudaban, reflúan en la consternación de aquellos desastres, y concluían por concentrarse por delante del campamento atrincherado, sobre la margen derecha del Mosela. ¡Pero cuánto tiempo precioso perdido, en vez de acelerar la retirada sobre París que iba á ser después tan difícil! El emperador había tenido que ceder el mando al mariscal Bazaine, del que se aguardaba la victoria. Entonces, el 14 había sido Borny, el ejército atacado en el momento en que se decidía á atravesar el río, teniendo en contra suya, dos ejércitos alemanes, el de Steinmetz, inmóvil en frente del campo atrincherado, al que amenazaba, y el del príncipe Federico Carlos, que había pasado el río, más abajo y que subía por la orilla izquierda, para cortar á Bazaine del resto de Francia, Borny, cuyos primeros disparos sólo empezaron á las tres de la tarde, Borny esa victoria sin provecho, que dejó á los cuerpos de ejército franceses, dueños de sus posiciones, pero que los inmovilizó á caballo sobre el Mosela, mientras que el movimien-

to envolvente del segundo ejército alemán se terminaba.

Después, el 16, había sido Rezonville, todos los cuerpos sobre la margen izquierda, el 2.º y el 4.º solos, detrás, retrasados en la horrible confusión que se producía en el encuentro de los caminos de Etain y de Mars la Tour, el ataque audaz de la caballería y de la artillería prusianas, cortando esos caminos desde por la mañana, la batalla lenta y confusa, que hasta las dos hubiera podido ganar Bazaine no teniendo más que un puñado de hombres que rechazar delante de sí y que había acabado por perder, con su inexplicable temor de verse cortado de Metz, la batalla inmensa, cubriendo leguas de valles y de llanuras, donde los franceses atacados de frente y de flanco, habían hecho prodigios para no avanzar, dejando al enemigo tiempo para concentrarse, trabajando ellos mismos en favor del plan prusiano, que consistía en hacerlos retroceder, al otro lado del río. El 17 por último, después del regreso ante el campo atrincherado, había sido Saint Privat la lucha suprema, un frente de ataque de trece kilómetros, doscientos mil alemanes con setecientos cañones, contra ciento veinte mil franceses, no teniendo más que quinientos cañones, los alemanes la cara vuelta hacia Alemania, los franceses la cara vuelta hacia Francia, como si los invasores hubieran sido los invadidos, con el extraño movimiento giratorio, la más espantosa lucha desde las dos, la guardia prusiana rechazada, aniquilada, Bazaine mucho tiempo victorioso, fuerte con su ala izquierda, muy firme, hasta el momento en que á la caída de la tarde, el ala derecha más débil, tuvo que abandonar á Saint Privat, en medio de una horrible matanza, arrastrando con ella todo el ejército, derrotado, rechazado, sobre Metz, encerrado en un círculo de hierro.

A cada momento mientras Enriqueta leía, Juan la interrumpía para decirla:

—¡Y nosotros que desde Reims esperábamos á Bazaine!

El telegrama del mariscal Bazaine, fechado en Saint Privat, en el que hablaba de volver á emprender su movimiento de retirada por Montmedy, ese telegrama, que había sido precisamente el que dió lugar á que se emprendiera la marcha de Reims á Sedán, y que parecía el parte que da un general derrotado, deseoso de atenuar el desastre; y más tarde el 29 solamente, cuando la noticia de que se acercaba el ejército de socorro llegó hasta él, á través de las líneas prusianas, había intentado un último esfuerzo sobre la margen derecha, en Noisseville, pero tan lentamente, que el 1.º de Septiembre, el mismo día en que el ejército de Chalons era aplastado en Sedán, el de Metz se replegaba, paralizado por completo y para siempre, perdido para Francia. El mariscal que hasta entonces había podido no ser más que un capitán poco inteligente que se olvidaba de pasar por los caminos cuando estaban libres, ahora, verdaderamente bloqueado por fuerzas superiores, iba á convertirse bajo el imperio de las preocupaciones políticas en un conspirador y en un traidor.

Pero en los periódicos que el doctor Dalichamp llevaba, Bazaine continuaba siendo el hombre de genio, el soldado valiente del que Francia aguardaba su salvación. Y Juan hacía que le volvieran á leer los párrafos para comprender perfectamente de que modo el tercer ejército alemán con el príncipe real de Prusia, había podido perseguirlos, mientras que el primero y segundo ejército bloqueaban á Metz, los dos tan fuertes en hombres y cañones, que había sido posible destacar aquel cuarto ejército que á las órdenes del príncipe real

de Sajonia, había completado el desastre de Sedán. Por último, enterado de todo sobre aquel lecho de dolor donde le sujetaba su herida, se apoderaba aún de él la esperanza.

—Pues entonces ya se comprende. ¡No hemos ganado porque no éramos más numerosos!.. Ahora ya sabemos á qué atenernos: Bazaine tiene ciento cincuenta mil hombres, trecientos mil fusiles y más de quinientos cañones; con seguridad que les prepara un buen golpe, de esos que él solo conoce.

Enriqueta meneaba la cabeza, le daba la razón para no entristecerla más. Se perdía entre aquel inmenso movimiento de tropas, pero comprendía que la desgracia era irreparable. Con su voz suave continuaba leyendo muchas horas, nada más que por entretenerle. A veces, cuando leía alguna narración de matanzas, tartamudeaba, con los ojos llenos de lágrimas; sin duda, se acordaba de su marido, fusilado allá, empujado con el pie por el oficial bávaro.

—Si le causa tanto pesar no me lea usted lo que dicen de las batallas.

Pero ella se reponía en seguida, complaciente siempre.

—No, no, dispénseme usted, le aseguro á usted que tengo verdadero placer en leer esto.

Una noche, en los primeros días de Octubre, en que soplaban un viento muy fuerte, volvió de la ambulancia, entró en el cuarto muy emocionada, diciendo:

—¡Una carta de Mauricio! el doctor acaba de entregármela.

Todas las mañanas los dos estaban muy intranquilos sin recibir noticias del joven y sobre todo desde hacía una semana, en que se decía que París estaba completamente bloqueado; se desesperaban de no tener noticias y trataban de indagar qué es lo que le había ocurrido al salir de Rouen. Ahora

todo se explicaba, la carta que había escrito al doctor Dalichamp el 18 de Setiembre, el mismo día en que salían los últimos trenes para el Havre, había dado muchos rodeos y llegaba por una verdadera casualidad después de haberse extraviado muchas veces en el camino.

—¡Pobre amigo!—decía Juan,—léame usted eso pronto.

El viento redoblaba su violencia, la ventana crujió y Enriqueta, después de llevar la lámpara, empezó á leer, tan cerca de Juan, que sus cabellos se tocaban. Se estaba muy bien en aquel cuarto, oyendo rugir la tempestad fuera.

Era una carta muy larga, de ocho carillas, en la que Mauricio explicaba primero cómo á su llegada, el 16, había tenido la suerte de sentar plaza en un regimiento de línea cuyos cuadros se completaban. Después contaba los sucesos de todo aquel mes, que había llegado á saber. París tranquilo después del estupor doloroso causado por las batallas de Wissemburgo y Froeschwiller, reanimándose con la esperanza de un desquite, volviendo á ser víctima de nuevas ilusiones; la leyenda victoriosa del ejército; el mando en jefe de Bazaine, la leva en masa, las victorias imaginarias, las hecatombes de prusianos de que los mismos ministros daban cuenta en el Parlamento. Y de pronto, daba nuevas de cómo había estallado el rayo por segunda vez en París, el 3 de Setiembre; las esperanzas destruidas, la capital ignorándolo todo, confiada, abatida con aquel golpe cruel del destino, los gritos de: ¡Dimisión! ¡dimisión! repercutiendo desde aquella tarde por los bulevares, la corta y lúgubre sesión de noche de la Cámara de Diputados, donde Julio Favre había leído aquella proposición de expulsión reclamada por el pueblo. Después, al día siguiente, era el 4 de Setiembre, el hundimiento de un mundo, el segundo imperio arrastrado por el desastre acumulado

por sus vicios y por sus faltas, el pueblo entero por las calles, un torrente de medio millón de hombres llenando la plaza de la Concordia, con el hermoso sol de aquel domingo, rodando hasta las verjas de la Cámara de Diputados que custodiaban apenas unos cuantos soldados, la culata hacia arriba, echando abajo las puertas, invadiendo la sala de sesiones, desde donde Julio Favre, Gambetta y otros diputados de la izquierda iban á salir para proclamar la República en el Ayuntamiento, mientras que sobre la plaza de Saint Germain l'Auxerrois se abría una puertecita del Louvre, dando paso á la emperatriz regente, vestida de negro, acompañada por una sola amiga, temblando las dos, huyendo escondidas en un coche de alquiler que las llevaba lejos de las Tullerías, por las cuales paseaba el pueblo. Aquel mismo día, Napoleón III salía de la posada de Bouillon donde había pasado la primera noche del destierro, en dirección á Wilhelmshoe.

Juan, muy serio, interrumpió á Enriqueta.

—Entonces ¿ahora estamos en República? ¡Mejor, si esto nos sirve para batir á los prusianos!

Pero meneaba la cabeza, le habían asustado siempre, siendo aldeano, con la República. Y además, en frente del enemigo, no le parecía muy bien no estar de acuerdo. Pero era necesario que llegase este caso puesto que el imperio estaba podrido y que nadie lo quería.

Enriqueta acabó la carta, que terminaba indicando que los alemanes se acercaban. El 13, el mismo día en que una Delegación del gobierno de la Defensa Nacional se instalaba en Tours, los había visto al Este de París, acercarse por Lagny. El 14 y el 15, estaban en las cercanías de Cretell y en Joinville le Pont. Pero el 18 por la mañana, en el momento en que Mauricio escribía, éste no parecía creer en la posibilidad de un bloqueo completo, confiando de nuevo en que aquello era una tentati-

va insolente y arriesgada que no duraría tres semanas, contando con los ejércitos que las provincias iban á enviar, sin tener en cuenta el ejército de Metz, en marcha ya sobre Verdún y Reims. Y los anillos de la cintura de hierro se habían unido, habían encerrado á París, y París, separado ahora del mundo entero, era sólo una gigantesca cárcel de dos millones de hombres, de donde salía un silencio de muerte.

—¡Dios mío! ¿cuánto tiempo durará esto? ¿Le volveremos á ver?

Una ráfaga de viento hizo doblar los árboles que rodeaban la casería. Si el invierno era duro, ¿cuántos padecimientos por los pobres soldados que se batirían, sin fuego y sin pan, en la nieve!

—Es muy buena su carta,—replicó Juan,—y da gusto tener noticias. No hay que perder nunca la esperanza.

Día por día pasó el mes de Octubre, con el cielo triste, en que el viento llevaba y traía los pesados nubarrones; la herida de Juan se cicatrizaba con mucha lentitud, y el herido se había debilitado mucho, se obstinaba en negarse á dejar llevar á cabo ninguna operación, por temor á quedar inútil. Aguardaba con resignación cortada á veces por bruscas ansiedades, sin causa justificada, en el fondo de aquel cuarto, á donde llegaban las noticias muy lejanas. La guerra atroz, las matanzas, los desastres, continuaban allá, en algún sitio, sin que se pudiera saber nunca la verdad exacta, sin que se oyera más que el sordo clamoreo de la patria oprimida, destrozada. Y el viento arrastraba las hojas bajo el lívido cielo, y había grandes silencios en el campo yermo, donde pasaban bandadas de cuervos, cuyos graznidos anunciaban un invierno muy crudo.

Uno de los motivos de conversación era la ambulancia, de donde Enriqueta no salía más que para

acompañar á Juan. Por la noche, cuando regresaba, la interrogaba acerca del estado de los heridos, queriendo saber los que sanaban y los que morían; y ella misma tenía una satisfacción desahogando su corazón, hablando de esas cosas con todos sus detalles.

—¡Ah!—repetía siempre—¡pobres chicos, pobres chicos!

No era ya en plena batalla, sino en la ambulancia donde chorreaba la sangre fresca, donde se hacían amputaciones en carnes sanas y rojas. Era la ambulancia convertida en hospital, con su podredumbre, oliendo á fiebre y á muerte, con sus lentas convalecencias y agonías interminables. El doctor Dalichamp había pasado muchos apuros para procurarse camas, colchones y sábanas; y cada día el sostenimiento de los enfermos, el pan, la carne, las legumbres, sin hablar de las vendas, de las hilas, de los aparatos, le obligaba á hacer milagros. Los prusianos establecidos en el hospital militar de Sedán, le habían negado todo, hasta cloroformo, y tenía que traerlo todo de Bélgica, y, sin embargo, había acogido lo mismo á los heridos alemanes que á los franceses; cuidaba á una docena de bávaros recogidos en Bazeilles. Esos hombres, esos enemigos que se habían arrojado unos contra otros, se hallaban ahora juntos, sufriendo los mismos dolores. ¡Y qué estancia de espanto y de miseria, esas dos antiguas salas de la escuela de Remilly, que contenían cada una cincuenta camas!

Diez días después de la batalla, habían llevado heridos, olvidados, encontrados en el campo. Cuatro se habían quedado en una casa vacía de Balán, sin asistencia médica, viviendo sin saber cómo, gracias á la caridad de algún vecino, y sus heridas estaban llenas de gusanos, habían muerto, envenenados por aquellas llagas inmundas. Esa purulencia que no se podía combatir con nada, segaba las vi-

das de aquellos infelices. Al entrar en las salas, un olor insoportable hacía retroceder, las heridas supuraban gota á gota. A menudo había que volver á abrir las carnes para extraer algunas esquiras ignoradas. Después se declaraban accesos, flujos que iban á reventar más lejos. Cansados, sin fuerzas, con las caras delgadas, los infelices padecían todas las torturas. Unos, abatidos, sin aliento, pasaban los días sin moverse, con los párpados negros, y cerrados, como cadáveres medio descompuestos. Los otros sin poder dormir, agitados por un insomnio febril, sudando, se exaltaban, como si la catástrofe los hubiese vuelto locos. Y que estuviesen tranquilos y agitados, cuando el escalofrío de la fiebre infecciosa se apoderaba de ellos, era el fin, el veneno triunfaba, volaba de unos á otros, llevándose á todos en la misma oleada de podredumbre victoriosa.

Existía una sala para los que estaban atacados de disentería, de tifus y de viruela. Muchos tenían viruela negra. Se movían, se agitaban en su continuo delirio, se levantaban sobre las camas, como espectros. Otros, heridos en los pulmones, morían de pulmonía con toses atroces. Otros, que aullaban, no se calmaban hasta que se les mojaba la herida con un chorrito de agua. Cuando llegaba la hora de la cura, era cuando únicamente había un poco de tranquilidad, de descanso para tantos dolores. Y era también la hora temible, porque no pasaba día sin que el doctor, al examinar las heridas, no viese algunas manchas violáceas sobre la piel, reveladoras de la gangrena. La operación se hacía al siguiente día y se cortaba un brazo ó una pierna más. A veces la gangrena subía más arriba y había que volver á empezar, hasta cortar todo el brazo ó toda la pierna. Después, á veces, todo el cuerpo se envenenaba, con las manchas lívidas del tifus, había que llevarse, ebrio, vacilando, á la sala de los con-